

## Retrato de un detective (patrio)

Adelino Expósito no era un hombre viajado, mucho menos un cosmopolita. De los chinos sabía lo justo, casi nada; lo aprendido en su barrio de Barcelona. En el último año, y casi de la noche a la mañana, había aparecido una peluquería con masajistas un número más arriba de su edificio, y un bazar de baratijas dos números más abajo. Las baratijas no le interesaban, lo de los masajes le atrajo más. Había un trajín constante de entradas y salidas. Sentía curiosidad, y un buen día se animó. El ambiente resultaba familiar; una mezcla doméstica, tranquilizadora. Había un par de señoras maduras del barrio con el casco y los rulos puestos ojeando las revistas acostumbradas. Una de las chicas chinas hacía la manicura a un travesti. La otra, junto con dos muchachos chinos, dormitaba en un sofá que algún día -lejano- había sido blanco. Tres niños muy pequeños, también chinos, correteaban por allí. Se conversaba poco y relajado; el ambiente era natural, carente de afectación. Le embargaron las reservas. Puede que, después de todo, aquello no fuera lo que él creía que era. Así que anduvo con mucho tiento a la hora de pedir el masaje. Habló de un pinzamiento, de lumbago. La chica, que vestía una bata y calzaba chancletas, sonrió, comprensiva. Luego le hizo pasar a una cabina desaliñada y no demasiado limpia. La atmósfera era densa, olía a una mezcla de cera para depilar y *noodles*. Se desnudó y se tumbó en la camilla, primero boca abajo. Desde el agujero en que descansó la cara podía ver lo que había bajo la camilla: una papelera con Kleenex usados y restos de comida, unos zapatos, cáscaras de pipas.

La masajista era dulce y amable, y la sesión -una hora completa a 20 euros-, acabó donde tenía que acabar sin aspavientos de ninguna clase. Debía admitir que también le hizo bien al lumbago, era verdad que siempre tenía una pinzada sorda dándole la lata. Sería por el relax, sería porque el masaje tocó algunos puntos cruciales, la cosa es que salió de allí mejor de lo que había entrado. Tomó la costumbre de ir de vez en cuando. Tampoco demasiado a menudo, no era, en absoluto, un tipo vicioso. Hasta que un día, después de un par de semanas de ausencia por motivos laborales, abrió la puerta, y se dio de bruces con un escenario distinto. La peluquería había dejado de existir, ahora el local era sólo salón de masajes. Las anteriores luces cegadoras y claras habían dejado paso a una semi penumbra con brillos en algunas esquinas estratégicas. Los muchachos chinos se habían esfumado. Las dos chicas que solían turnarse en masaje, peluquería y manicura, y que normalmente vestían de andar por casa, ahora llevaban tacones altos, medias de rejillas, escotes vertiginosos y minifaldas. Lo más notable de todo, pero, era el tipo, grave y trajeado, que estaba tras una mesa de recepción, colocada en la entrada. Un

catalán de pura cepa. De buenas a primeras ya le ofreció un bono: por cinco masajes de 50 minutos un descuento de tres euros la sesión. Adelino hizo un cálculo rápido, de dinero y de minutaje. Luego protestó. Cada relajo le salía diez euros más caro que antes. El hombre le dedicó una sonrisa meliflua e hizo un gesto amplio que abarcó el mobiliario nuevo, las luces ambientales, las chicas recién acicaladas y maquilladas.

-Pero hombre, no me irá usted a comparar las instalaciones. *He fet posar dutxes*.

Aquel día se quedó por no hacerles un feo a las chicas. *Gaudeixi del massatge*, le dijo aquel macarra en catalán relamido cuando entró en la flamante cabina remozada. Pero a la salida desdeñó el bono y luego dejó de ir la local. La razón era simple, él no era putero. Lo que le gustaba era el ambiente casero, de barrio. Y aquellas chicas sin maquillar, amas de casa y peluqueras normales. Tampoco había que ignorar el tema del aumento de precio. Adelino valoraba el dinero como es debido.

Tenía 58 años, su mujer lo había abandonado unos años atrás. Un acontecimiento que le dejó mudo de asombro, eran de la misma edad y además ella nunca había sido guapa. Una buena mujer, sí, y una excelente cocinera, también; pero muy alejada del glamour necesario para hacerse con un hombre nuevo. En una de las varias conversaciones que siguieron al anuncio de su abandono, se lo espetó con notable ausencia de tacto.

-Pero mujer ¿dónde vas a ir, sola, a tu edad?.

-A vivir- le soltó ella con una amplia sonrisa, pues no era de las que se ofenden con facilidad- Y no hace falta que me espíes, no hay otro. No estoy yo para aguantar más chiquilladas a nadie.

Aún así, puso un colega a que la vigilara un rato; pura deformación profesional. Ella no le había mentado. Hacía una vida apacible en un piso pequeño pero coquetón. Salía con las amigas, se había apuntado a un coro de Gospel. En general, se la veía feliz sin él.

Habían pasado tres años y seguía sin entender. Su ex mujer -ella insistió en hacer las cosas como es debido, a regañadientes le tuvo que conceder el divorcio- ni se tomó la molestia de cambiar de barrio. Se la encontraba a menudo, le saludaba con toda cordialidad. Parecía satisfecha, adaptada. El, en cambio, no había conseguido superar el caos doméstico en que le sumió su partida. Vivía en un completo desconcierto. Y cuando por las tardes volvía a su piso solitario le entraba una desolación fatal. Por no hablar del asunto de la nutrición, estaba acostumbrado a la comida casera, la del restaurante le producía acidez y la acidez le deprimía. Se concentró en el trabajo. Le gustaba y se distraía. De ahí que aceptara meterse en aquel lío de espionaje político que al final les explotó a todos en las manos. Él fue un pozo de discreción, cuestión de ética profesional.

Los políticos implicados permanecieron impávidos y sentados en sus sillas, ahí seguían todos. A él, en cambio, el Colegio de Detectives le había inhabilitado por una larga temporada. Y encima tenía siempre a la prensa tocándole las narices. Querían ver si le pillaban en falso y soltaba algún trozo de carroña, historias.

Aquella oferta de salir de la ciudad y del país llegaba en el momento adecuado.

China, quien lo hubiera dicho.....

